

Democracia y universidad: patologías de un desgobierno

Democracy and the University. Pathologies of Misgovernment

VÍCTOR ALONSO-ROCAFORT¹

Universidad de Talca, Chile

RESUMEN. Diversas teorías contemporáneas de la democracia han puesto el acento en las tensiones que produce al ciudadano vivir en una comunidad política democrática y, sin embargo, pasar la mayor parte de su vida en espacios no democráticos. En este trabajo se analiza el persistente déficit democrático que en España arrastra una institución pública especial, la universidad. Según Thomas Hobbes la competencia, la desconfianza y el deseo de gloria originan las guerras entre ciudadanos; hoy se asume de manera *natural* su presencia dominante en la universidad. Se procederá así al estudio de diversas patologías políticas producto del desgobierno originado, precisamente, al confundir de esta manera el sentido último de la institución. Se trataría de la envidia, la calumnia, la ambición destructiva y el narcisismo. Por último se estudiará la conformación de grupos como hermandades.

Palabras clave: Universidad; democracia en el lugar de trabajo; amistad política.

ABSTRACT. Diverse contemporary theories of democracy have put the emphasis on the tensions that arise for citizens who live in a democratic community and yet spend most of their lives in non-democratic spaces. This work examines the persistent democratic deficit that in Spain weighs down a special public institution, the university. According to Thomas Hobbes, competition, diffidence, and glory give rise to wars between citizens; today, its dominant presence in the university is assumed naturally. Here I analyze diverse political pathologies product of the misrule that results from this misunderstanding of the last sense of the institution. These include envy, calumny, destructive ambition and narcissism. Finally, I will study the establishment of groups that function as brotherhoods.

Key words: University; workplace democracy; political friendship.

¹ Un borrador de este artículo fue presentado a discusión el 1 de marzo de 2012 en el Seminario del Grupo de Estudios Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid. También se expuso el 22 de marzo de 2012, esta vez en el Seminario del Máster en Ciencia Política de la Universidad de Salamanca. Posteriores versiones del mismo han sido leídas y comentadas por diversos colegas. Mi agradecimiento a todos ellos, así como a los evaluadores de la revista *Isegoria* por sus sugerencias.

1. LA UNIVERSIDAD PÚBLICA ESPAÑOLA, ¿UN LUGAR DEMOCRÁTICO?

Desde hace ya más de cuarenta años una parte importante de la teoría democrática se pregunta por la cuestión de lo político en espacios determinantes de las democracias contemporáneas, con especial atención a los lugares de trabajo (Pateman, 1970; Macpherson, 2003; Barber, 1984; Bachrach y Botwinick, 1992). En líneas generales, siguiendo hasta el final la teoría de la congruencia de Harry Eckstein (1992) se argumenta que más allá del respeto al Estado de Derecho y a unas libertades básicas, del funcionamiento democrático del Parlamento y de la existencia de procesos electorales, para que en una determinada comunidad política se asiente la democracia es necesario que también esté presente en espacios que van de la empresa a la familia, de la escuela a los partidos políticos.

Estas teorías abren vías de investigación importantes, animando a que nos formulemos preguntas directas, marcadas por la comprensión de los espacios de vida más cercanos y cotidianos como *políticos*.

La cuestión principal que surge en este trabajo será: ¿es la universidad pública española un lugar democrático? Las respuestas habituales indagan en las políticas públicas universitarias, capaces de afrontar problemas como las condiciones laborales del profesorado, la organización política de la universidad o sus problemas de financiación, todo ello a partir del estudio de las leyes, los actores y la cultura política que subyace a la institución.

En este trabajo, sin embargo, abordaré esta pregunta desde el ámbito de la filosofía política. Y se presentará una tesis sobre el trasfondo que alimenta buena parte de los problemas que se señalan como más acuciantes en la Universidad pública española.

Para ello partiré de la hipótesis de que, a pesar de las grandes reformas legislativas de la democracia (LRU, 1983; LOU, 2001), esta Universidad mantiene un componente jerárquico, endogámico y corporativo sin el cual es imposible comprender su política. Por supuesto que hay excepciones, pero estas son más voluntaristas que continuistas, más excepcionales que generales. Tampoco se niega la existencia de otros problemas, ni de todos los elementos que se han mejorado durante estos años, como la solidez de sus instalaciones, la internacionalización a todos los niveles o, hasta hace pocos años, la política de becas.

Lo que se afirma de manera más concreta como punto de partida es que la política y el diseño institucional de la institución, al menos, permite:

1. Un ingreso en la carrera académica a partir de una lectura de tesis doctoral sin exigencias de dedicación al director, con un tribunal escogido que da pie al intercambio de favores (Bourdieu, 2008: 131).

2. Procesos opacos de acreditación nacional sin entrevistas ni exposiciones públicas, en los que se valoran las publicaciones de manera cuantitativa, en detrimento asimismo de las evaluaciones docentes (Capella, 2009: 13; Amigot y Martínez, 2013: 115)². Tras la acreditación los departamentos tienen un amplio margen a la hora de realizar sus concursos públicos, lo que favorece uno de los rasgos tradicionales del sistema universitario español: la endogamia (Buela-Casal: 2007: 10; Carreras, 2010: 13; Pérez-Díaz, 2010: 152)³.
3. La conformación de los grupos universitarios como grupos jerárquicos de poder, disciplinados generalmente en torno a la figura del catedrático con poder. Estos grupos mantienen relaciones de rivalidad entre ellos y cultivan redes clientelares cuyo funcionamiento procede del franquismo (Fernández Buey, 2009: 244, 298-299). No hay así un fomento institucional de los grupos de investigación abiertos, plurales y libres (Pérez-Díaz, 2010: 144-154).
4. Niveles generalizados del síndrome del *burnout*, o desgaste psíquico laboral, entre el profesorado joven con contratos temporales, lo que no es exclusivo de nuestro país (Guerrero, 2000: 14; Lackritz, 2004; Ponce Díaz et al., 2005). Asimismo, desde hace tiempo se han detectado alarmantes porcentajes de mobbing en el profesorado universitario español (Caro y Bonachera, 2010: 231-232)⁴.
5. Una representación política en órganos de gobierno que arrastra un importante déficit democrático. Ello obedece a la “jerarquización estamental”, la burocratización y el clientelismo que cruza la organización (Fernández Buey, 2009: 234-235; Capella, 2009: 12). La participación estudiantil en estos órganos suele ser residual. La confusión entre niveles de gobierno —gerencial y académico, centros y departamentos, ór-

² Actualmente “la valoración de los méritos docentes queda notablemente reducida (15%) frente a la de los de investigación (85%) en las valoraciones y acreditaciones universitarias” (Díez Gutiérrez et al., 2013: 60).

³ Tal y como se ha comprobado, los sistemas de evaluación de la investigación resultan muy sensibles al “contexto de poder” que exista donde se apliquen (Osuna López, 2010: 226).

⁴ La desconfianza, la falta de apertura de los grupos, la carga excesiva de trabajo que provoca a su vez ausencia de tiempo, y finalmente la sensación de injusticia, se esgrimen como las principales influencias en el síndrome del *burnout* en general (Lackritz, 2004: 714). Por otra parte, se argumenta que la universidad pública española propicia especialmente el síndrome de *burnout* y el mobbing dado que es i) “un potente agente estresante”, con “docencia con grupos masificados, burocracia asfixiante, actividad investigadora interminable (...) un procedimiento de promoción injusto, salarios inadecuados”, y además cuenta con ii) “un sistema de apadrinamiento que genera relaciones de vasallaje (...) espacios de impunidad (...) y miedo al poder” (Buendía, 2003: 16-17).

- ganos centrales y periféricos— permite lagunas que invitan a las prácticas informales (Castro e Ion, 2011: 165-166, 178-179). Mientras, la apariencia de representación democrática y la multiplicidad de normas ofrecen en realidad una amplia impunidad para aquellas (Caro y Bonachera, 2010: 233).
6. Desigualdades crecientes en el acceso a la Educación Superior, con descensos en el número de estudiantes matriculados y becados en los últimos años⁵.
 7. Una acusada pérdida de independencia en el personal docente e investigador, lo que corre paralelo al aumento de la precariedad en el empleo (Marugán y Cruces, 2013). Como explica en detalle Benjamin Ginsberg para el caso norteamericano (2011: 131-165), el incremento de los contratos temporales y el empeoramiento de las condiciones laborales atenta directamente contra la libertad académica⁶.
 8. Procesos de reformas que se suelen guiar por el formato de *la comisión de expertos*, en lugar de por un debate democrático dentro y fuera de la comunidad universitaria.

Se asume por tanto que estos problemas son, si no fomentados, al menos ampliamente permitidos por el diseño institucional y la cultura política presentes en la Universidad española. Teniendo esto en cuenta, mantendré una tesis de fondo sobre aquello que a mi juicio favorece esta situación.

En primer lugar se expone cómo, subyacente a la fortaleza y persistencia de los aspectos más antidemocráticos de la universidad, se encuentra una concepción bélica de su política. Esto ha favorecido la extensión y asentamiento de importantes patologías políticas que socavan la posibilidad de unas relaciones cívicas adecuadas para una institución científica que se encarga, en última instancia, de la formación de ciudadanos.

Se subrayarán como principales patologías: la envidia, la calumnia, la ambición destructiva y las relaciones narcisistas e idolátricas. Todas ellas fueron

⁵ Según las previsiones del gobierno español, para 2013-2014 habremos tenido cerca de 20.000 estudiantes de grado menos que en el curso 2011-2012. Para ese mismo período los estudiantes de máster habrían descendido en 7.000 (casi un 6%). En el apartado de becados, en 2012-2013 se produjo un descenso —inédito desde 2006— de 9.000 estudiantes respecto al curso anterior (Ministerio de Educación, 2014).

⁶ Si en Estados Unidos han experimentado un acusado descenso en el número de profesores con *tenure*, en España hemos pasado del 52,9% de profesores funcionarios en nuestras Universidades en 2004-2005 al 41,9% para el curso 2012-2013 (Ministerio de Educación, 2006 y 2014). Consecuentemente se ha expandido la utilización de contratos temporales y parciales, con peores condiciones laborales y limitaciones en prestaciones y derechos (Marugán y Cruces, 2013: 21; Díez Gutiérrez *et al.*, 2013: 42).

destacadas ya por los autores clásicos como producto de avanzados desgobiernos, responsables en última instancia de severos desajustes en la ciudad. La conformación de los grupos universitarios según un modelo que denominaré *fraternal* tendrá una estrecha conexión con lo anterior. De ahí que se dedique un epígrafe final a su estudio.

Cualquier reforma democrática de la universidad, todo intento de renovación de nuestra vieja cultura universitaria, deberá plantearse que más allá de los cambios en leyes, actores, instituciones, financiación o modelos de gestión, hay en su política aspectos hondos y sensibles que debemos conocer para saber tocar las teclas adecuadas.

2. EL IMPLANTE BÉLICO

So that in the nature of man, we find three principall causes of quarrel. First, Competition; Secondly, Diffidence; Thirdly, Glory.
Thomas Hobbes (2007: XIII, 88).

La competencia, la desconfianza y el deseo de gloria no son patrimonio de los docentes e investigadores que trabajan en la Universidad, como bien sabe el lector de la obra de Thomas Hobbes. Y sin embargo, las tres causas principales de lucha entre los humanos que popularizara el agudo autor inglés suelen predominar en los ambientes académicos.

La competencia es el acicate de una carrera profesional dependiente del escalafón, donde las plazas son escasas y cada vez más precarias, la preparación intensa, prolongada en el tiempo, y los modos de acceso suelen estar presididos por la incertidumbre.

En la Universidad española se fomenta un sistema competitivo donde cada cual debe ser “empresario de sí mismo”, disolviendo solidaridades. Se cuenta con una evaluación permanente, de rasgos burocráticos, cuyos criterios dirigen la gestión del propio tiempo y normalizan conductas de investigación (Amigot y Martínez, 2013).

Por otra parte se respeta escrupulosamente el modelo de jerarquía académica que en su momento ya describiera Pierre Bourdieu (2008: 116). Esto implicaría control y censura sobre los aspirantes a docentes universitarios, así como cierta “reverencia obligada” al maestro (2008: 116, 129). El poder universitario, basado en la reproducción de puestos docentes, surge así de “una dependencia difusa y prolongada”, una “disposición dócil y sumisa”, de cada candidato con quien le patrocina (2008: 114, 119). A la vez se normalizan los “intercambios de servicios entre poderosos que permiten constituir y mantener clientelas”, conformar alianzas y delimitar grupos rivales (2008: 117). De este

modo, la “lucha del todos contra todos” instaurado por el concurso permanente y burocrático está en realidad “arbitrado por aquellos que ocupan [en la carrera universitaria] una posición más avanzada” (2008: 119).

Este modelo competitivo, basado en la cuantificación y la comparación, y finalmente en la alteración de estos valores por la jerarquía, se exagera en épocas de falta de recursos, como ha sido el caso español estos últimos años. Entonces, la presión por adecuarse al esquema marcado y por disciplinarse al grupo de poder más cercano es máxima. El resultado es un “vaciamiento de las cualidades emancipadoras, críticas y éticas del saber”. También de las creativas (Amigot y Martínez, 2013: 110, 113, 115, 117)

En un entorno de estas características el estímulo competitivo que hace a uno exigirse más a sí mismo, superarse, trabajar mejor, es difícil que florezca tranquilo. Todo invita a que la competencia se haga *insana*, obstaculizando la convivencia. Es entonces cuando los compañeros se tornan competidores, adversarios o, en el peor de los casos, enemigos. En una institución donde la competencia toma rasgos productivos tomados del mercado, esta puede envilecerse con facilidad. Tan solo es cuestión de tiempo que se asiente la desconfianza.

Estos extremos no cortocircuitan el engranaje institucional sino que, de manera preocupante, parecen encajar en él a la perfección.

Es así que la visión belicista de la carrera político-universitaria está demasiado extendida por los pasillos de los departamentos. Se ha naturalizado. Como le sucedía a Hobbes a la hora de presentar su *Leviathan* (2007: 3), aunque uno no quiera implicarse es difícil tratar de pasar entre dos o más bandos enfrentados sin resultar herido.

El continuum entre política y guerra civil es una situación que la ciencia política ha recogido en amplia mayoría para indicarnos que todo responde a una cuestión gradual. Consecuentemente si la competición se intensifica hasta los puntos más calientes de la escala, en el eje de ordenadas se desploma la confianza.

De este modo en la Universidad española del siglo veintiuno, casi sin darnos cuenta, la competición y la desconfianza inducen a los jóvenes a descontrolar la envidia, a prestar sus oídos a la calumnia, a forjar ambiciones poco éticas. Poco a poco aparecen las escuelas y los enemigos declarados, los *padrinos* y los ídolos. El cómo saber desenvolverse en este ambiente juega, más allá de las clases y los trabajos de investigación, un papel decisivo en la supervivencia profesional de muchos de quienes buscan obtener una plaza estable en la Universidad.

En tercer lugar, Hobbes mencionaba el deseo de gloria. Este suele anidar de manera benéfica, incluso ingenua, en muchos docentes que se exponen cada día en clase durante años ante decenas de alumnos que ceden su silencio. Gloria

es también lo que buscan muchos investigadores que, tras horas de estudio y unos cuantos hallazgos entre sus cuatro paredes, firman sus escritos para dirigirlos a un juicio público que no controlan.

Este deseo, pacífico e incluso estimulante para la creación, se torna estéril en cuanto se transmuta en narcisismo. La gloria se hace vana cuando sólo buscamos brillar por fuera, a menudo a costa de otros y sin generar vida. En el actual contexto universitario la obsesión por alcanzar resultados se convierte en una preocupación excesiva, que resulta narcisista por cuanto devalúa el interés en la propia actividad docente e investigadora para reducir todo a la acumulación de cromos con un nombre en la portada. El sistema cuantitativo de medición de méritos empleado hoy día por las agencias de acreditación del profesorado acentúa el vacío narcisista.

En esta carrera competitiva cada vez se exigen más artículos *originales*, pero debemos recordar que no por escribir más se dicen cosas sustancialmente nuevas, ni por ello se avanza más rápido. En realidad parecemos inmersos en la “extraña carrera” sobre el tablero que el personaje de Alicia debe realizar en su aventura a través del espejo. En palabras de la Reina Roja:

Aquí tienes que correr a toda velocidad para permanecer en el mismo lugar y, si quieres desplazarte a otro, ¡entonces debes correr el doble de deprisa! (Carroll, 2010: 261).

Competencia, desconfianza y deseo de gloria llevaron a los ingleses del diecisiete, según Hobbes, a la guerra civil. Que hoy estén tan extendidas en el ámbito universitario debe ser motivo de preocupación para toda la comunidad política. Debemos recordar que de los profesores depende la educación de los futuros ciudadanos y profesionales del país, y de los investigadores algunos de los caminos que la sociedad seguirá en el futuro (Delibes Castro, 2006; Sarago, 2010).

3. ENVIDIA, CALUMNIA Y AMBICIÓN

Griefe, for the successe of a Competitor in wealth, honour, or other good, if it be joyned with Endeavour to enforce our own abilities to equall or exceed him, is called EMULATION: But joyned with Endeavour to supplant, or hinder a Competitor, ENVIE.
Thomas Hobbes (2007: VI, 44)

Incluso en la competición *sana*, uno raras veces se alegra cuando pierde; quizá solo si gana un amigo, si se pasa un rato agradable, o si no se arriesga nada. Pero si está en juego el propio sustento económico, el prestigio, aspectos que con-

sideramos clave de nuestra identidad, la posibilidad de incorporación a una carrera profesional apasionante, o a menudo todo ello entremezclado, la tristeza suele acompañar al éxito de otro, por muy buenos sentimientos que alberguemos. Entonces uno mira hacia adentro, se confabula para prepararse mejor la próxima vez, trata de aprender y quizá decida dedicarse a otros asuntos, pues las alternativas son múltiples. Hobbes llama a esto emulación, para distinguirlo de la envidia, y al hacerlo así se está retrotrayendo a la distinción inicial de Aristóteles contenida en su *Retórica* (II.11, 1388a-b)⁷.

Desde los estudios de autoras como Melanie Klein hemos aprendido a no percibir la envidia como algo exclusivo de personas desagradables o amargadas —“envidiar es vil y de gente vil”, había dejado escrito Aristóteles (ibídem)—. Al menos desde nuestra edad infantil, la envidia es algo que nos acompaña a menudo como mecanismo de defensa⁸. Klein (2008), escribiendo desde la escuela psicoanalítica contemporánea, se centra en la relación del niño con el pecho de su madre, un primer objeto responsable de alimentarlo o dejarlo insatisfecho, incluso hambriento —por tanto, bajo amenaza de muerte—. Cuando ese primer objeto no nos alimenta, y lo necesitamos, lo imaginamos repleto de alimento y por eso lo odiamos. Según Klein, lo envidiamos.

Las posibilidades que abre esta relación primaria del ciudadano con un primer objeto y sus implicaciones sobre nuestra psique, a juicio de la autora austríaca, son múltiples. La envidia triunfa en la etapa infantil a raíz de un abandono continuado. A partir de aquí tiene el terreno abonado para resurgir con fuerza en el futuro. La envidia consistiría básicamente en “un sentimiento enojoso contra otra persona que posee o goza de algo deseable”. Para quienes poseen una envidia excesiva lo que más desean del otro suele ser precisamente la ausencia de envidia, el “buen carácter y un juicio sano”. Por tanto el envidioso sólo está tranquilo al contemplar la miseria de otros. Es así habitual que las críticas que formula suelen ser destructivas. Si la envidia está muy arraigada en nuestro interior, dice Melanie Klein, suele ser insaciable (2008: 222-223, 228-229, 249-251).

En la relación primaria del bebé, la envidia se amortigua cada vez que el pecho vuelve: “son el goce y la gratitud originados en el pecho los que mitigan

⁷ Otro gran autor retórico, Giambattista Vico, dirá a sus estudiantes: “Y no os afectará el sentimiento de envidia alguna hacia los demás, ni os sobrecogerá tampoco la de los demás hacia vosotros, envidia en la que se abrasan, y por la que se ven heridos, quienes sienten avidez de riquezas y los que ambicionan honores; y la que entre ellos es envidia, se tornará entre vosotros generosa emulación” (Vico, 2002: 202-203).

⁸ “[La] activación de la primitiva envidia por una experiencia corriente [es] común a todos. Pero tanto su grado e intensidad, como el sentimiento de la destrucción omnipotente, varían con el individuo” (Klein, 2008: 233).

los impulsos destructivos, la envidia y la voracidad” (2008: 229). Esto convertirá la gratitud —relacionada para Klein con la capacidad de apreciar la bondad en los otros y en uno mismo— en el antídoto más efectivo frente a la envidia. Si esto es posible saldremos de este primer conflicto fortalecidos, capaces incluso de comprender la generosidad de manera genuina. Es decir, sin sentirla como un robo o cesión del que debemos ser públicamente reconocidos.

Bertrand Russell, que creía muy relacionada la envidia con la fatiga y sus demonios, planteaba una cuestión general a los académicos: “¿ha hablado bien de un egiptólogo delante de otro egiptólogo?”. Una vez la respuesta era afirmativa, nuestro autor torcía el gesto: “pobre primer egiptólogo” (2010: 79)⁹. Y es que en la Universidad y en los ambientes intelectuales, donde es costumbre pensar *comparando*, la envidia tiende a descontrolarse. Se cuenta que Ramón Gómez de la Serna, para protegerse de ella, aparecía siempre cojeando cuando acababa de publicar un libro que sabía valioso. Por supuesto, la envidia no es una pasión exclusiva de este gremio, pero sí que hay ciertas condiciones que la hacen más proclive a su expansión¹⁰.

En un ambiente de intensa competición y desconfianza los compañeros pueden tener plazas, publicaciones, horarios, prestigios o estabilidad deseables, y no es difícil que se dispare la ansiedad o la frustración, y con ellas la omnipotencia destructiva: mejor un desierto a que triunfe tal o cual proyecto *envidiado*. El cálculo de tiempos individualista, la preocupación por la propia carrera y el engorde del CV, hacen también que la gratitud genuina, aquella que no espera nada a cambio, tenga difícil asentamiento. En un peligroso círculo vicioso la confianza en la bondad de uno y de los otros decae con fuerza, aparecen las confusiones, la culpa y las persecuciones, dejando de nuevo paso a la expansión destructiva de la envidia, a sus violentos ataques *defensivos*¹¹.

Junto a la envidia suele transitar la calumnia, ese *venticello* rossiniano que se introduce sutilmente en los oídos de la gente para ir cogiendo fuerza y poco a poco acabar tronando como un terremoto, destruyendo vidas con violencia (Rossini, 1816: I.8). Niccolò Machiavelli ya las ponía juntas en los *Discursos*, dejando claro que la calumnia era una de las principales causas de destrucción de una ciudad. La distinción que estableció el florentino entre la acusación pú-

⁹ “La envidia, por supuesto, está muy relacionada con la competencia” (Russell, 2010: 83).

¹⁰ En los principales estudios sobre mobbing en Universidades públicas españolas, la envidia suele esgrimirse como una razón fundamental de su expansión (Buendía, 2003: 10, 12-13, 16; Caro y Bonachera, 2010: 213, 229, 233, 235).

¹¹ No es casualidad que Pérez-Díaz apuntara a la confianza y la generosidad como las dos principales virtudes que se deberían fomentar en la Universidad española (2010: 174-179).

blica, con las garantías democráticas que permite, y la indefensión tiránica que provoca la calumnia, merece tenerse en cuenta en toda su literalidad (Machiavelli, 2004: I.VIII, 78-79)¹².

En la universidad los responsables de recursos humanos, aquellos que tienen también la oportunidad de juzgar públicamente sexenios, proyectos, publicaciones, premios, tesis y otros trabajos, vimos que son los compañeros que más avanzados están en la carrera universitaria. Cada especialidad suele ser finalmente una pequeña comunidad científica, de intereses concentrados, donde muchos se conocen lo justo y los contactos a veces resultan vitales. Las alianzas estratégicas, como en el patio del colegio o en la guerra, se trenzan a menudo buscando un enemigo común. Y hay quienes lanzan una primera invectiva contra un competidor con la esperanza de que algo quede. Se entiende así que la calumnia se extienda fácilmente por los campus¹³. Y no debe menospreciarse este hecho, como advertía Machiavelli, pues es capaz de arruinar las ciudades más estables, principalmente cuando uno no se sabe organizar contra su dominio. En ello tiene mucho que ver, también, cuál de las dos caras de la ambición se está promocionando institucionalmente.

A la hora de definir la ambición, Hobbes se muestra inteligentemente ambiguo: “Desire of Office, or precedence, AMBITION: a name used also in the worse sense” (2007, cap. 6, 41). ¿Cuál es ese peor sentido al que se refiere Hobbes para la ambición? ¿Qué línea se traspasa cuando, de querer alcanzar honores y cargos de manera sencilla, con una ambición que nos empuja a ser mejores, nos convertimos en ambiciosos “en el peor sentido”? Hobbes parece acertar al dotar de ambivalencia al concepto, la misma que nos hace bascular de la emulación a la envidia.

“Lo he hecho”, afirma como respuesta Macbeth a su anhelante esposa, una vez regresa de matar a Duncan, el rey, mientras dormía (Shakespeare, 1999: II.2, 78). La tragedia escrita por William Shakespeare en tierras inglesas, apenas unas décadas antes que el propio *Leviathan*, es un recorrido sofocante por el lado oscuro de la ambición y sus demonios. Durante siglos ha sido una obra de referencia a la hora de abordar la cuestión. Volveré tan sólo brevemente sobre ella.

Macbeth es empujado hacia el regicidio por los augurios de tres brujas que siente cercanas, que le conducen a concebir lo inconcebible hasta la obsesión: el asesinato del rey y la usurpación del trono. Le anima a ello su mujer, la in-

¹² Hobbes también, al comienzo del *Leviatán* (2007, The Introd., 10), lamentará las implacables censuras que se hacen a espaldas de otro.

¹³ De nuevo, los estudios sobre mobbing en las universidades españolas destacan la calumnia como una “forma principal de acoso” (ver especialmente: Buendía, 2003: 16).

quietante Lady Macbeth, que le recuerda constantemente que se le ha prometido el poder y “la gloria”. Nuestro protagonista se reconoce azuzado por esa “espuela” interna, “la ambición”, que se clava en los flancos de su deseo de un modo terrible (I.7, 70). Macbeth enloquece tras su primer asesinato, ese atajo hacia el poder que trata de calmar lo que a todas luces son hambres ancestrales¹⁴. O al menos es entonces cuando sus delirios se hacen más evidentes: pierde el sueño, le asaltan pensamientos malditos, le invaden los temores, se angustia. En su huida hacia adelante, los crímenes van perdiendo valor y su locura se acrecienta. Lady Macbeth lo resume con fría lucidez: “todo está perdido cuando nuestro deseo se colma sin placer” (III.2: 101).

Isócrates (1980a: 33-34; 1980b: 281), Marco Fabio Quintiliano (XII.1, 6-7) y Giambattista Vico (2002), desde su sensibilidad retórica mediterránea, o George Santayana, Bertrand Russell (2010) y Melanie Klein (2008: 232) desde otras coordenadas, nos vienen insistiendo en que la ambición homicida y la envidia atacan a otros, sí, pero principalmente destruye a quien la desata¹⁵. Algo parecido sentencia el autor bíblico del *Libro de la Sabiduría* respecto a la calumnia: “la boca calumniadora da muerte al alma” (Sb, 1: 11)¹⁶.

Estas patologías nos hacen perder el tiempo, nos atormentan, incluso nos pueden llevar a la locura, el gran temor del individuo moderno. Dudamos de nuestra propia capacidad de ser bondadosos y nuestra personalidad se disgrega. Son deseos que se satisfacen, efectivamente, sin placer, y que suelen atraer los pensamientos más terribles sobre uno mismo. Los cimientos que tratamos de erigir para dotar de cierta estabilidad a nuestras volátiles identidades sufren en silencio un juicio severísimo. Por eso hay que moverse de manera perpetua, poner alto el volumen, no pararse a pensar. Sufre Macbeth pues cuando se detiene a solas, allá en el fondo, se sabe culpable.

Por supuesto, las víctimas inocentes de estos ataques van a ser las principales perjudicadas. Hay quienes sufren este tipo de injusticias en un clima de impunidad, de reglas informales heredadas de otras épocas, sin posibilidad de defensa ni de juicio democrático. Todo ello vuelve a incrementar las ansiedades, frustraciones y fantasías persecutorias, una expansión de la envidia y la calumnia en un círculo vicioso con mucho de laberinto.

¹⁴ “La voracidad es un deseo vehemente, impetuoso e insaciable y que excede lo que el sujeto necesita y lo que el objeto es capaz y está dispuesto a dar” (Klein, 2008: 222-223).

¹⁵ “[Las] ambiciones salvajes, aunque pueden traer a la imaginación episodios encantadores, son intrínsecamente perversas”; así, “un Macbeth infeliz, acosado por los espíritus, perseguido por las brujas, al ganar un mundo lamentable perderá su alma; y sus deseos mismos, una vez colmados, le causarán horror” (Santayana, 2010: 526).

¹⁶ También en *Proverbios* hallamos: “quien difunde calumnias es un insensato” (Pr., 10: 18).

La organización política de la universidad del siglo veintiuno se basa en un modelo institucional competitivo donde, sobrepasando incluso el propugnado por Joseph Schumpeter (1983) para la política *profesional*, sí que existen los vencidos radicales. Al menos en cuestión de plazas, proyectos, recursos y financiación. En cualquier momento resulta fácil traspasar la raya de la emulación a la envidia, del juicio democrático a la calumnia, de la ambición constructiva a la destructiva. Casi todo invita a ello. Recordemos que domina el viejo tropo de que la política (universitaria) es la continuación de la guerra por otros medios. Y en la guerra, más allá de los instintos latentes, se elimina al adversario.

4. NARCISISMO E IDOLATRÍA

The Passion, whose violence, or continuance maketh Madnesse,
is either great *vaine-Glory*; which is commonly called *Pride*,
and *self-conceipt*; or great *Dejection* of mind.
Thomas Hobbes (2007: VIII, 54)

Para Thomas Hobbes uno de los caminos directos a la locura se presentaba tras dejarse invadir por una Gloria vana e inútil. Con ella se instala la creencia, ciertamente epidérmica, de que se poseen grandes poderes cuando detrás sólo está el vacío. No hay capacidad de generar nada valioso en sí mismo (2007: VI, 42). Leo Strauss se fijó en la insistencia de Hobbes a la hora de marcar las diferencias entre humanos y animales a partir de la vanidad de los primeros, especialistas en satisfacer sus apetitos mediante la mera autocomplacencia. La preeminencia sobre otros, el reconocimiento social de este hecho en una “carrera” por superar a todos, provoca un engreimiento que sitúa al ciudadano a las puertas del desgobierno (Strauss: 2006: 34-35, 43). Esta deriva es la que hace comprender a Strauss cómo, en clave hobbesiana, tan a menudo “la lucha por la preeminencia sobre ‘pequeñeces’ se ha transformado en una lucha de vida o muerte” (ibid.: 45).

Para James M. Glass (1980) el ciudadano que Hobbes emplaza en el estado de naturaleza, en realidad, no es otra cosa que un narcisista patológico. Su insaciable afán de grandiosidad, su envidia y temerosa inseguridad, la vigilancia paranoica en un clima de mutua desconfianza y competencia, así como finalmente la devaluación y manipulación de los otros, a quienes se imagina sólo como instrumentos u obstáculos, son efectivamente rasgos de esta patología. Glass, siguiendo en este caso a C. B. Macpherson (2005), critica el que los diseños institucionales de la empresa moderna y de la burocracia rezuman, en su gran mayoría, valores radicados en este *individualismo posesivo* de rasgos nar-

cisistas. El utilitarismo y el cálculo egoísta conforman así la base de las realidades laborales modernas, mientras el auge de la organización racional abre la posibilidad de la ceguera moral tecnocrática.

Para Glass el trabajo moderno fomenta el que se sacrifique el respeto por nuestros conciudadanos en aras de su control y explotación, con el objetivo final de la propia gratificación por ascender en el escalafón profesional. En su contundente acusación, este autor concluye con una inquietante aseveración: “civil institutions play a role in provoking neurotic suffering” (1980: 358). Más aún:

“In view of the demands of competition it will become increasingly difficult to sustain ethical commitments. And the action of the pathological narcissist may continue as a desirable cultural ideal supported by established institutions (particularly universities)” (1980: 359).

Los estudios sobre el narcisismo toman de Sigmund Freud su primera fuente más recurrida (2007: II, 2017-2033, 2379-2391). Michael Balint y Otto Kernberg seguirán sus pasos, a la vez que clarificarán de manera más precisa las fronteras entre el narcisismo normal y el patológico.

Para Kernberg (2010: 210-211, 295) el “mundo interno” de los narcisistas patológicos está poblado únicamente de “representantes idealizados de sí mismos, por sombras de los demás y...por temidos enemigos”. Se desvaloriza al otro, al mismo tiempo que se le teme como “perseguidor”, proyectándose en él las “propias tendencias explotadoras”. La sobrestimación se corresponde habitualmente con la creencia de que uno es tan importante como para ser perseguido. La “envidia” por la felicidad y fama de los compañeros devora al narcisista, a la vez que siente con horror el ser colocado en el grupo de los “mediocres”. Este término —alega Kernberg, seguramente conocedor del *aura mediocritas* de Horacio (2005: II, 10)—, de significar persona media a salvo del tándem omnipotencia-impotencia, ha ido desplazándose hacia poco menos que “despreciable”.

El narcisista no es capaz de reconocer, por tanto, la vulnerabilidad que acoge todo ser humano. En cuanto la atisba en él se angustia (Nussbaum, 2010: 54-55, 60-61, 132-139). Busca siempre ganar, ser el primero, el único, el mejor en las situaciones “competitivas”, por lo que difícilmente se tolera a sí mismo la frustración de fracasar. Los narcisistas patológicos necesitan seguidores, admiración, pero jamás dependencia benéfica de otros, pues no saben acogerlos como *objetos buenos* de manera realista y compleja. De ahí su “aislamiento espléndido”, a pesar de posicionarse habitualmente como líderes (Kernberg, 2010: 251). Esta sobrevaluación de sí mismos, para Michael Balint, responde

a un “estado de omnipotencia”, “que es en verdad un desesperado intento de defenderse contra la abrumadora sensación de impotencia” (1982: 65, 89).

Juan-Ramón Capella indica cómo la Universidad española está fomentando el que para progresar en la carrera académica sea imprescindible aparentar que se publica mucho, cumpliendo infinitos requisitos del CV, sin hacer en realidad “nada fecundo o relevante”. En la misma línea apuntada por Bourdieu, Capella destaca cómo asimismo es necesario adular convenientemente a las autoridades de las que se depende (2009: 12).

Hemos visto el error de diseñar la carrera investigadora como una acumulación de logros visibles al peso: cuando se pierde el placer por la propia actividad, la patología narcisista está próxima. La exposición identitaria del docente y del investigador en su trabajo es mayor que en otros sectores. También prende rápido la vanagloria cuando socialmente a uno le reconocen como experto en algo, por encima del resto. Resulta así relativamente fácil acabar deseando *estar permanentemente en pantalla*. La envidia influye, como apuntaba Kernberg, y la desconfianza competitiva que domina en los grupos universitarios, junto a las dependencias que exige el entorno, hace a menudo que un líder narcisista no tenga problemas en reclutar adoradores-sombra. Muchos de ellos estarán efectivamente idealizando, no sin temor, un cierto vacío recubierto de barro. Un ídolo más, al fin y al cabo.

Debemos en este punto recordar que una de las dos fuentes primigenias del pensamiento occidental, Jerusalén, tiene como principal objetivo desde la Biblia la lucha contra la idolatría. En su estudio de la *Guía de perplejos* de Moisés Maimónides, Strauss indaga en “la primera intención” de la Torá: “destruir todo vestigio de idolatría” (2007: 209). Esta lucha supone en realidad una honda meditación política sobre experiencias primarias fundamentales (Strauss, 2008: 215). Es otro antídoto frente a la omnipotencia que nos ofrece, en este caso, la tradición judía. La confianza ciega que Yahvé exige a Abraham —especialmente en el caso del sacrificio de Isaac (Gn: 22)—, sólo es patrimonio de Dios, de nadie más. Es así que las personas debemos ofrecer razones, argumentos, experiencias, para darnos confianza unos a otros. No somos dioses. Cuando el líder de un grupo fraterno exige una confianza ciega en sus designios, los moldes de la idolatría ya están listos.

Los seguidores suelen estar pendientes del ídolo día y noche, de sus gestos, designios, aprobaciones y maldiciones. Si el ídolo es una persona, su poder es inmenso; a menudo tan sólo le basta el silencio para ordenar. Esta actitud, asimismo, daña directamente a los propios seres elevados a lo divino. Han sido creados por manos humanas, por lo que en realidad son dioses de segunda. Cuando se caen, se rompen. No se les permite ser personas auténticas, con sus grietas y errores, con sus debilidades. En cuanto estas se atisban, los adeptos

suelen tirar la estatua para correr a remplazarla por otra. Es algo que sucede a menudo no sólo en esas complejas relaciones entre discípulos y maestro, sino también cuando se idolatra a líderes políticos o grandes ideologías. Es por ello que en grupos e instituciones donde domina el modelo de la hermandad en torno a un líder el descubrimiento de *lo real*, por un lado, o la molestia de un peón con ideas propias, por otro, suele acabar de manera trágica con estas relaciones marcadas por el narcisismo patológico.

5. HERMANDADES

“Que ninguno de vosotros se vea obligado, bajo juramento,
a guardar fidelidad a las palabras de maestro alguno,
como sucede las más de las veces en las disciplinas de los escolásticos”.

Giambattista Vico (2002: 203)

Emilio Lledó (2009: 22) se lamentaba recientemente de la falta de un estudio más amplio de la amistad por parte de la filosofía política contemporánea, habiendo sido este un concepto central para la Antigüedad. A partir de Platón, y sobre todo de Aristóteles, se había dotado a la amistad de una función política, lo que trasladado a nuestros días nos puede ayudar a mejorar nuestra democracia.

Del amplio y detallado tratamiento aristotélico de la amistad destaca la afirmación, contenida en la *Ética a Nicómaco* (VIII.1, 1155a, 15, 20), de que esta es la argamasa que mantiene unidas las ciudades, así como la magistral intuición que establece el fundamento de la amistad cívica en aquella que cada ciudadano mantiene consigo mismo. Protágoras ya había dejado claro que junto a la justicia (*diké*) y al respeto (*aidós*), eran necesarios los lazos de la amistad para que las *polei* no sucumbiesen (Platón, 2008: 320d-322d). Y en Cicerón encontramos que allá donde hay desconfianza, la amistad política no florece. El autor romano a la vez apuntaba una idea crucial: nadie te puede solicitar secundar una acción injusta bajo el escudo de la amistad (2002: 35, 52).

Hannah Arendt supo recoger, matizar y ampliar algunos de estos legados clásicos en su obra (2001, 2008). Recordemos que para la autora alemana política y guerra son antagónicas. Y según Arendt la amistad consiste en ese vínculo político básico entre diferentes que nos permite seguir siendo diferentes, respetándonos, sin que por ello decaigan los afectos sino al contrario. Se puede decir que, con Arendt, la amistad al fin se comprende armonizada en la diferencia, y aparece así como el antídoto al faccionalismo político más embrutecido, aquel que la autora identifica con las fraternidades.

Antes que Arendt, fue Vico el que mejor supo comprender la importancia política de la hermandad. Esta, antagonista de la amistad, se ha ido configurando

una y otra vez —recordemos el *ricorsi* viquiano— como base de los agrupamientos humanos cerrados en torno a la tierra, la sangre o la religión¹⁷. Jacques Derrida, en una línea parecida, señaló por su parte que no es la fraternidad tenida por “natural” la que debe analizarse, sino el “proceso de fraternización” y sus “riesgos políticos” en forma de “nacionalismo, etnocentrismo, androcentrismo, falocentrismo, etc.”. El objetivo, para el autor francés, reside en lograr pensar la amistad en democracia “más allá del esquema homofraterno” (1998: 229, 338, 265-267).

Recordemos que hay fraternidades religiosas, militares y hasta deportivas o estudiantiles. Su esquema también entra de lleno en las organizaciones políticas más oligárquicas. Los hermanos tienen un vínculo que no se rompe jamás, esa es la base. Aunque uno cometa injusticia se sigue compartiendo la sangre, por lo que difícilmente habrá una separación. De hacerlo, los odios y traiciones serán intensos. Por arriba todo lo domina la figura paterna.

Algunos autores han observado en los lazos fraternos que surgen entre las personas en las guerras, los grandes desastres o las revoluciones aspectos positivos que deberían protegerse, como la solidaridad, y han valorado estos vínculos como refugios frente a la vulnerabilidad del individuo (McWilliams, 1973). También hay quienes, desde raíces clásicas conectadas a la amistad, han tratado de recuperar la fraternidad más cívica del canon republicano (Domènech, 1993). Sin embargo Arendt se fijará en la distinción original entre *philia syngeniké* y *philia politiké* para destacar dos aspectos que separarían, a su entender, fraternidad y amistad: la capacidad de elección y la confianza.

Es decir, la amistad política resulta selectiva, es leal sin ser gregaria, así como resulta confiada sin resultar ciega. Es capaz de admirar sin idolatrar. Por el contrario la característica de la fraternidad, una vez se asienta políticamente en un grupo el modelo sanguíneo, es que sus lazos deben ser exclusivos, tienen que soldarse, de modo que la fidelidad pueda alcanzar puntos absurdos sin llegar a quebrarse.

El triunfo del modelo *fraterno* se produce en el periodo de entreguerras. El desamparo solitario y el abandono en el que cayeron muchos individuos en las modernas ciudades europeas de comienzos de siglo, según Arendt, hizo que estos abrazaran con pasión a los *hermanos* que formaban los nuevos colectivos ideologizados. Grupos caracterizados por dogmas que no se podían contravenir en público, pues la amenaza era de nuevo la soledad, sino algo peor. Grupos donde el crimen se silenciaba, se amparaba o se protegía. Grupos de hermanos que idealizaron a sus líderes —Papá Stalin, el Führer— y odiaron a

¹⁷ Un estudio más detallado de esto en Alonso Rocafort, 2010: caps. 5 y 6.

muerte a otros grupos, así como a quienes transitaban ajenos, libres, por los márgenes de la sociedad.

Como corolario a la comprensión de la política como continuadora de la guerra por otros medios, se tiende a oponer el enemigo al amigo. La identificación de quién es uno y quién el otro no admite matices, debe ser absoluta y urgente (Derrida, 1998: 136). Pero sabemos que, fuera de la visión schmittiana, no todo aquel que no es amigo es nuestro enemigo. Esto sí sucedía en la comprensión prepolítica de la amistad. Los pitagóricos, por ejemplo, aconsejaban “honrar a los amigos como dioses y a los demás tratarlos como las bestias”¹⁸. Es así que Carl Von Clausewitz, Schmitt y Michel Foucault no inauguraron paradigma sobre lo político sino que retrocedieron a tiempos prepolíticos.

Pierre Aubenque (2009: 113-120) y Bernard Yack (2006: 424) comentan en este sentido las paradojas que pueden encontrarse al abordar en la obra aristotélica la relación entre la amistad política, la exclusión y la conformación de una comunidad. En realidad la amistad es muy distinta del amor al prójimo de la comunidad cristiana, de vocación universal e incondicional. Pero también, insisten, lo es de la cerrazón comunitaria basada en el *ius sanguini* y el *ius soli*.

Fundamentalmente un grupo o comunidad de amigos está abierto, sus miembros son y se sienten libres en sus relaciones intra y extra grupales, no se enfrenta *per se* a otros grupos, son capaces de mostrar *philia xenike* —es decir, hospitalidad—, y por último sus miembros no se echan en brazos de cualquiera, sino que son capaces de juzgar con inteligencia, gozando de confianza en sí mismos y en los otros¹⁹. Los desacuerdos tratan de gobernarse lo mejor posible, de manera que se acepten y sirvan para desarrollar los lazos de amistad ya trenzados, lo que supone un aprendizaje básico para la ciudadanía (Scorza, 2004: 90). Cuando la ruptura con quien se ha tenido sincera amistad se hace inevitable, se guarda el respeto y el cariño precedentes, no se busca dañar.

Sin embargo, en la universidad española es la estructura fraterna y *militante* del propio grupo la que seduce en sus agrupamientos a gran parte del personal docente e investigador²⁰. Institucionalmente no se ha puesto freno a la proliferación de este modelo fraterno en los grupos universitarios y por tanto no solo germinan las hermandades, sino que hay bases más que suficientes para su fortalecimiento y expansión.

¹⁸ Citado en Solana Dueso, 2009: 35.

¹⁹ Para Jacques Derrida (1998: 40), “no cabe democracia sin respeto a la singularidad o a la alteridad irreductible, pero no cabe democracia sin ‘comunidad de amigos’”.

²⁰ George Santayana (2010, Libro II) conectaría de un modo sugerente, bajo la etiqueta de militantes, i) las actitudes hacia la política de los partidos seducidos por el modelo de lucha; ii) el impulso hacia la conquista del mercado de las grandes empresas capitalistas; y por último, iii) el carácter de las organizaciones militares.

Hace ya más de veinte años, Gabriel Almond exponía un problema similar en la ciencia política estadounidense. Su trabajo se tituló “Mesas separadas: escuelas y sectas en Ciencia Política” (1988). El norteamericano se centró tan sólo en la conformación de sectas a partir de sus diferencias temáticas, metodológicas o ideológicas. Las pugnas y agrupamientos en torno a estos vectores existen pero, al menos en la actualidad española, no parecen ser los determinantes. De serlo, al menos nos traería un rico debate teórico a la Universidad. Son por contra intereses de otro tipo los que han guiado la conformación de los grupos que de verdad cuentan, tanto en la ciencia política como en otras disciplinas. Esta situación es lo que lleva a Rafael Escudero (2010: 5) a afirmar:

En su interior [de la Universidad española] a veces pesa más la jerarquía y el temor reverencial a la autoridad que la libre discusión de los argumentos en juego. A ello contribuye que las escuelas siguen siendo el elemento básico de reclutamiento y promoción del personal docente e investigador. Por supuesto que nada obsta a que los profesores se agrupen por afinidades temáticas, metodológicas o ideológicas, pero frecuentemente bajo esa fórmula se generan reinos de taifas, presididos por criterios ad hoc de índole más personal que profesional, donde a sus integrantes se les exige lealtad y adhesión a los principios no del Movimiento Nacional, sino de la propia escuela. Salvo honrosas excepciones, funcionan con pretensión de hegemonía, vetando el acceso a la carrera universitaria a quienes no pertenezcan a ella e instaurando sin rubor la dialéctica del amigo-enemigo que los teóricos del franquismo aprendieron de Carl Schmitt.

Como afirma Derrida, una vez que se asume que la política es como la guerra, resulta fundamental “la invención del enemigo, ésta es la urgencia y la angustia”. De no identificarlo, “la misma fobia proyecta una multiplicidad móvil de enemigos potenciales, sustituibles, metonímicos y secretamente aliados entre ellos: la conjuración” (1998: 103). Una vez que se instalan con fuerza grupos trenzados por lo fraterno, surgen así no sólo los enemigos, sino también la ansiedad persecutoria y las rígidas fronteras:

Las identidades de la tribu o la familia se alimentaban de tajantes principios de exclusión y de discriminación. El individuo discriminado, por muy excelente que sea, jamás podrá pasar, aunque se esfuerce, la barrera que otros le han levantado. El “no eres de los nuestros” no sólo fija una fórmula de exclusión y rechazo sino, en el peor de los casos, de condena (Lledó, 2009: 25).

El riesgo de no analizar estos asuntos es que gran parte de la generación de doctores del siglo veintiuno se está integrando en estos grupos de manera que, como indican tantos autores, se siguen reproduciendo las prácticas clientelares

instaladas desde el franquismo²¹. En este ambiente resulta imprescindible conocer el juego de los peones y los reyes propio del principio de jefatura, tanto en las relaciones inter como intragrupalas. Cuando las autoridades no son democráticas, la disidencia se paga cara. Por desgracia, la exclusión puede ser más intensa y duradera que el ostracismo ateniense²².

Hannah Arendt apostaba por revertir la conversión de la política en guerra, su temido “desierto”, desde el coraje cívico (1996: 168-169). Al ligar la amistad a lo político la autora alemana pensaba que solo con fomentarla en escenarios confundidos de belicismo y dominados por las fraternidades ya se estaba ante un acto revolucionario. Emilio Lledó parece pensar de una forma parecida:

En una sociedad como la nuestra, acosada y acogotada en buena parte por principios utilitarios y agresivos (...) hay que esforzarse en globalizar la inteligencia y la amistad (...) Por eso es tan importante (...) sostener Universidades donde se forme la inteligencia y los sentimientos de los que en ellas trabajen, e inventar nuevas formas de una cultura moral: Idear cauces por donde discurra la *philia*, la amistad, hacia el saber (Lledó, 2009: 30).

6. CONCLUSIONES

La filosofía política suele atender a estadios que van más allá de las políticas efectivas desarrolladas en diversos ámbitos de la comunidad política. Se ofrecen significados, se disponen acontecimientos, se analiza lo que da vida a las instituciones, las garantías que ofrecen, aquello que alimenta lo que hacen sus actores. Se estudia al ciudadano, el protagonista por excelencia de la ciudad. Los relatos teóricos sobre lo político ensayan comprensiones diversas y situadas, apuntan tendencias, moldean conceptos, arriesgan novedades entretejiendo tiempos diversos, lo contingente y lo inherente, enriqueciendo la experiencia de hoy con la del ayer (Wolin, 2004, cap. 1).

En la democracia actual la filosofía política nos puede ayudar a salir de la perplejidad que nos causa ser testigos cotidianos del sustrato antidemocrático que rige gran parte de la actividad desarrollada en nuestras empresas, partidos

²¹ Santiago Ramón y Cajal también escribiría, en su momento, contra “el caciquismo y favoritismo extra e intrauniversitario” de su tiempo (Azcárraga, 2011: 41).

²² Entre los rasgos principales del mobbing destacan “el aislamiento, la falta de claridad de rol, falta de feedback, feedback constantemente negativo”; se busca intimidar, apocar y consumir emocionalmente a la víctima, a la que se considera una amenaza, desde una posición de poder —contando con “testigos mudos”—. El objetivo final es excluirla y, si es posible, eliminarla de la organización. Entre los tres perfiles principales del acosador está la personalidad narcisista (Mayoral Blasco, 2010: 31, 38; Caro y Bonachera, 2010: 211-215).

e instituciones. ¿A qué se debe? ¿Vivimos realmente en una democracia cuando la experiencia cotidiana o laboral parece desmentirlo?

La incongruencia que expone esta última cuestión no sólo resulta tolerable para muchos, sino hasta deseable para, se dice, un funcionamiento económico y social más eficaz. Dramáticas experiencias históricas, así como el descrédito al que con ello sometemos a la propia democracia, nos alertan sobre las consecuencias de que modos despóticos de ser y de relacionarnos se extiendan, se normalicen. El cultivo de la democracia pasa por preguntarse cómo construir mejor la ciudadanía y los espacios capaces de albergar lo político, es decir, aquellos lugares cruzados de autoridad y de poder donde se toman decisiones que afectan a un colectivo y que preocupan (y conforman) a la comunidad política en su conjunto.

Cuando el déficit democrático resulta grave en una institución pública tan especial como la universidad, y cuando este problema se lleva arrastrando desde hace décadas, la inquietud es aún mayor. Son muchos los aspectos que entran en juego dentro de la política universitaria cuando hablamos de democracia. En este trabajo he querido reflexionar tan sólo sobre algunas de las principales patologías enquistadas en la universidad a causa de su desgobierno. Éste no se produce porque gobierne tal o cual partido, o porque las personas encargadas de su gestión tengan errores a pesar de que pongan todo su empeño y buen hacer. El desgobierno de la universidad española reside principalmente en el implante bélico que distorsiona toda actuación deudora de esta visión. El peor de los gobiernos es aquel que ignora la naturaleza de lo que está gobernando.

Confundir la universidad con un campo de batalla provoca el que se vayan arrastrando patologías cada vez más virulentas, agudizándose a cada vuelta, a cada enfrentamiento. En una guerra, siguiendo a Hobbes, hemos visto que triunfan la competencia, la desconfianza y el deseo de gloria. Son tres rasgos que no pueden definir nuestra universidad. Autores como Machiavelli, Vico o el propio Hobbes ya sabían que hay sustancia política en la envidia excesiva, la calumnia, la ambición destructiva o la vanagloria. Afectan a la calidad de la democracia y son capaces de arruinar una ciudad. Más aún cuando los diseños institucionales las protegen y jalean. Es el caso universitario, pero no es el único.

La resistencia a comprender la política universitaria en clave bélica ha de ser un primer paso para cambiar las cosas. Esto no quiere decir eliminar los inevitables y a menudo necesarios conflictos. Pero sí la concepción del enemigo a excluir y batir. Lo siguiente habría de ser trasladar un nuevo sentido a las leyes que queremos que rijan la universidad. Tratar de ir conformando un nuevo *ethos*. El cómo se organicen políticamente las instituciones de educación superior encargadas de la formación de ciudadanos, facilitando la congruencia en-

tre lo que se dice en clase y lo que se hace en los despachos, resulta clave en este empeño.

Como antes Lledó, tiene razón también Derrida cuando afirma que “la obra del político, el acto o la operación propiamente políticos consiste en crear (producir, hacer, etc.) el máximo de amistad posible” (1998: 225). Cuando la competencia fomenta la emulación decimos que resulta *sana*, pues nos ayuda a mejorar, admirando a nuestros compañeros. También a otros departamentos, facultades o universidades. Es una competición sin vencidos radicales, donde la colaboración pasa a primer plano. Para fomentarlo la política debe estimular la generosidad científica, cuidar un tiempo de trabajo digno. Se debe contar con normas pensadas para ello, con garantías económicas, también democráticas. La carrera docente e investigadora se merece unas reglas del juego públicas, aceptadas y respetadas por todos, basadas en valores como la igualdad, la libertad y el buen juicio.

Benjamin E. Lippincott, el afamado autor norteamericano que hoy da nombre a unos importantes premios de la *American Political Science Association* (APSA), escribió en 1940 un artículo donde trataba de pensar las instituciones académicas desde lo que entendía que debía ser la preocupación por la democracia que habría de guiar una ciencia que se llamaba *política*. Concluyó que un ambiente jerárquico que fomenta grandes dependencias no favorece el espíritu crítico, tampoco la creatividad. Lippincott (1993: 156), al igual que Ginsberg (2011) en nuestros días, ya conectaba la autocracia universitaria con los reducidos salarios de los profesores, es decir, con el papel funcional que jugaba la inestabilidad laboral en mantener cierto statu quo. La precariedad no ayuda en la independencia teórica, ni por supuesto anima a crear ensayos arriesgados, novedosos o con ideas impopulares. Para que una aportación científica merezca la pena debe ser desarrollada con tranquilidad, con tiempo, abriendo espacios y tranquilidad a una imaginación constructiva.

En este sentido, se entenderá que a la hora de evaluar no se trata sólo de baremos. Las valoraciones del investigador han de ser también cualitativas, cercanas, *lectoras*. Y frente a unas desigualdades tan amplias que socavan además independencias, la defensa de derechos colectivos debe pasar a primer plano. Quizá es hora también de comenzar a frenar las extendidas prácticas informales conocidas por todos. La corrupción nunca sale gratis a una sociedad. Las plazas universitarias son un bien público, sufragadas con impuestos, y no deberían llevar ningún nombre propio en ellas. La sensación de injusticia generalizada estimula las manías persecutorias y las luchas.

Un conocimiento crítico, pacífico y creativo surge del entusiasmo genuino por lo que se hace, de la apertura a la curiosidad por lo extraño, sin prejuicios y con hospitalidad. Es necesaria la amistad cívica. Un grupo de investigación

no es un clan, es un conjunto de investigadores animados por algunos objetivos comunes, por ciertas líneas coincidentes a la hora de estudiar la democracia en Atenas o la secuencia completa del ADN. Uno es libre en él, se puede colaborar con otros grupos, se pueden mantener y manifestar ideas propias. Nadie ha de condenarte por ello. Sus fronteras son porosas y abiertas. Es entonces cuando surgen los vínculos que construyen, cuando se instala la libertad, cuando dejas de ver enemigos tras cada esquina y se disuelven las fobias.

Y es también entonces, cuando se hace democráticamente universidad, que se empieza a fomentar una docencia y una investigación de altura.

BIBLIOGRAFÍA

- Almond, Gabriel A. (1988), “Separate Tables: Schools and Sects in Political Science”: *PS: Political Science and Politics*, vol. 21, nº 4 (Autumn, 1988).
- Alonso Rocafort, Víctor (2010), *Retórica, democracia y crisis. Un estudio de teoría política*, CEPC, Madrid.
- Amigot, Patricia y Laureano Martínez (2013), “Gubernamentalidad neoliberal, subjetividad y transformación de la universidad. La evaluación del profesorado como técnica de normalización”: *Athenea Digital*, vol. 13, nº1 (marzo de 2013).
- Arendt, Hannah (1996), “¿Qué es la libertad?”, en: *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona.
- Arendt, Hannah (2001), “Sobre la humanidad en tiempos de oscuridad: reflexiones sobre Lessing”, en: *Hombres en tiempos de oscuridad* (1965), Gedisa, Barcelona.
- Arendt, Hannah (2008), “Sócrates”, en *La promesa de la política*, Paidós, Barcelona.
- Aristóteles (1985), *Ética Nicomáquea*, trad. de Julio Pallí, Editorial Gredos, Madrid.
- Aristóteles (2000), *Retórica*, trad. de Alberto Bernabé, Alianza Editorial, Madrid.
- Aubenque, Pierre (2009), “Amitié et communauté chez Aristote”, en José María Zamora Calvo (ed.), *La amistad en la filosofía antigua*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Azcárraga, José A. de (2011), “Universidades manifiestamente mejorables”: *Claves de Razón Práctica*, nº 209 (enero-febrero, 2011).
- Bachrach, Peter y Aryeh Botwinick (1992), *Power and Empowerment. A Radical Theory of Participation Democracy*, Temple University Press, Philadelphia.
- Balint, Michael (1982), *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión* (1979), Paidós, Barcelona.
- Barber, Benjamin (2006), *Democracia fuerte. Política participativa para una nueva época* (1984), Almuzara, Córdoba.
- Bourdieu, Pierre, *Homo academicus* (1984), Siglo XXI, Madrid, 2008.

- Buela-Casal, Gualberto (2007), “Consideraciones metodológicas sobre el procedimiento de acreditación y del concurso de acceso a cuerpos de funcionarios docentes universitarios”: *Revista electrónica de metodología aplicada*, vol. 12, nº 2.
- Buendía, José (2003), “Riesgos psicosociales en la Universidad. El síndrome de burnout y el mobbing”: *La Mutua. Revista técnica de salud laboral y prevención*, nº 9.
- Capella, Juan-Ramón (2009), “La crisis universitaria y Bolonia”: *El Viejo Topo*, nº 252.
- Caro Muñoz, Ana y M^a Isabel Bonachera Ledro (2010), “Un análisis práctico sobre el fenómeno del mobbing en la universidad”: *Revista Jurídica de Castilla y León*, nº 20 (enero de 2010).
- Carroll, Lewis (2010), “A través del espejo”, *Alicia en el país de las maravillas. A través del espejo*, Cátedra, Madrid.
- Castro, Diego, y Georgeta Ion (2011), “Dilemas en el gobierno de las universidades españolas: autonomía, estructura, participación y desconcentración”: *Revista de Educación*, nº 355 (mayo-agosto, 2011).
- Cicerón (2002), *La amistad*, trad. de José Guillén, Trotta, Madrid.
- Delibes Castro, Miguel (2006), “Uno de los nuestros”: *El País*, 30 de octubre de 2006. Disponible en:
http://www.elpais.com/articulo/educacion/elpedupor/20061030elpepiedu_3/Tes (consultado en abril de 2011).
- Derrida, Jacques (1998), *Políticas de la amistad, seguido de El oído de Heidegger* (1994), Trotta, Madrid.
- Díez Gutiérrez, Enrique, Adoración Guamán, Ana Jorge Alonso, Josep Ferrer (2013), *¿Qué hacemos con la universidad?*, Akal, Madrid.
- Domènech, Toni (1993), “...y fraternidad”: *Isegoría*, nº 7 (abril 1993).
- Eckstein, Harry (1992), *Regarding Politics. Essays on Political Theory, Stability, and Change*, University of California Press, Berkeley.
- Escudero Alday, Rafael (2010), “¿Franquismo en la Universidad?”, diario *Público*, 22 de junio de 2010.
- Fernández Buey, Francisco (2009), *Por una universidad democrática*, El Viejo Topo, Barcelona.
- Foucault, Michel (2002), “Clase del 21 de enero de 1976”, en: *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Freud, Sigmund (2007), *Obras completas*, 3 volúmenes, Biblioteca nueva, Madrid.
- Ginsberg, Benjamin (2011), *The Fall of the Faculty. The Rise of the All-Administrative University and Why it Matters*, Oxford University Press, Oxford.
- Glass, James M. (1980), “Hobbes and Narcissism. Pathology in the State of Nature”: *Political Theory*, vol. 8, nº 3 (Aug., 1980).

- Guerrero, Eloísa (2000), “Una investigación con docentes universitarios sobre el afrontamiento del estrés laboral y el síndrome del quemado”: *Revista Iberoamericana de Educación*. Disponible en: <http://www.rieoei.org/deloslectores/052Barona.PDF> (consultado en febrero de 2012).
- Herranz Bellido, Jesús, et al. (2006), “La presencia de mobbing y sus determinantes laborales en profesores universitarios”: *Análisis y modificación de conducta*, vol. 32, nº 142.
- Hobbes, Thomas (2007), *Leviathan* (1651), ed. por Richard Tuck, Cambridge University Press, Cambridge.
- Horacio (2005), *Epodos. Odas*, Alianza Editorial, Madrid.
- Isócrates (1980a), “Sobre la paz”, en: *Discursos*, vol. II., Gredos, Madrid.
- Isócrates (1980b), “Sobre el cambio de fortunas”, en: *Discursos*, vol. II., Gredos, Madrid.
- Kernberg, Otto (2010), *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico* (1979), Paidós, Madrid.
- Klein, Melanie (2008), “Envidia y gratitud” (1957), en: *Envidia y gratitud*, Aguilar, Buenos Aires.
- Lackritz, James R. (2004), “Exploring burnout among university faculty: incidence, performance, and demographic issues”: *Teaching and Teacher Education*, vol. 20.
- Lippincott, Benjamin E. (1993), “The Bias of American Political Science” (1940), en: James Farr y Raymond Seidelman (eds.), *Discipline and History. Political Science in the United States*, The University of Michigan Press.
- Lledó, Emilio (2009), “Amistad y memoria”, en: José María Zamora Calvo (ed.), *La amistad en la filosofía antigua*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Machiavelli, Niccolò (2004), *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Losada, Buenos Aires.
- Macpherson, C. B. (2003), *La democracia liberal y su época* (1977), Alianza, Madrid, 2003.
- Macpherson, C. B. (2005), *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke* (1962), Editorial Trotta, Madrid.
- Marugán, Begoña y Jesús Cruces (2013), “Fragmentación y precariedad en la Universidad”: *Sociología del trabajo*, nº 78, pp. 10-34.
- Mayoral Blasco, Susana (2010), “Mobbing: modelos explicativos y acción sindical”: *Papers*, 45/1.
- McWilliams, Wilson Carey (1974), *The Idea of Fraternity in America*, University of California Press, Berkeley.
- Ministerio de Educación (2006), *Datos y cifras del sistema universitario*. Disponible en: <http://www.mecd.gob.es/dms-static/cc3f495a-8b15-4567-b4f3-dfc3f93cad6a/datos-2006-2007-pdf.pdf> (septiembre de 2014).

- Ministerio de Educación (2010), *Estrategia Universidad 2015. Contribución de las universidades al progreso socioeconómico español*, Ministerio de Educación, Gobierno de España, 2010. Disponible en: <http://www.educacion.gob.es/dctm/eu2015/2011-estrategia-2015-espanol.pdf?documentId=0901e72b80910099> (abril de 2011).
- Ministerio de Educación (2014), *Datos básicos del sistema universitario español*. Disponible en: http://www.mecd.gob.es/dms/mecd/educacion-mecd/areas-educacion/universidades/estadisticas-informes/datos-cifras/DATOS_CIFRAS_13_14.pdf (septiembre de 2014).
- Nussbaum, Martha C. (2010), *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Katz, Buenos Aires y Madrid, 2010.
- Osuna López, Carmen (2010), “Evaluando el impacto del Sistema de Evaluación Español sobre la producción científica nacional (1980-2005): La aplicación de un diseño cuasi-experimental”, en: Hebe Vessuri, Pablo Kreimer, Antonio Arellano y Luis Sanz Menéndez (eds.), *Conocer para transformar. Producción y reflexión sobre ciencia, tecnología e innovación en Iberoamérica*, UNESCO-IESALC, Caracas.
- Pateman, Carole (1970), *Participation and Democratic Theory*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Pérez-Díaz, Víctor, *Universidad, ciudadanos y nómadas*, Ediciones Nobel, Oviedo, 2010.
- Ponce Díaz, Carlos Ramón, et al. (2005), “El síndrome del quemado por estrés laboral asistencial en grupos docentes universitarios”: *Revista de Investigación en Psicología*, vol. 8, nº 2.
- Platón (2008), “Protágoras”, en: *Diálogos I*, Gredos, Madrid.
- Quintiliano, Marco Fabio (1997-2001), *Obra completa: Sobre la formación del orador (Institutionis Oratoriae)*, 12 libros repartidos en cinco tomos, trad.de Alfonso Ortega, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca.
- Rossini, Gioacchino (1816), *El barbero de Sevilla*, libreto de Cesare Sterbini (basado en: Pierre-Agustin Caron de Beaumarchais, *El barbero de Sevilla* (1775), Espasa Calpe, Madrid, 1968).
- Russell, Bertrand (2010), *La conquista de la felicidad*, Mondadori, Barcelona.
- Santayana, George (2010), *Dominationes y potestades. Reflexiones acerca de la Libertad, la Sociedad y el Gobierno* (1951), KRK Ediciones, Oviedo.
- Saramago, José (2010), *Democracia y universidad*, Editorial Complutense, Madrid.
- Schmitt, Carl (2002), *El concepto de lo político*, Alianza Editorial, Madrid.
- Schumpeter, Joseph A. (1983), *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942), 2 vols., Orbis, Barcelona.
- Scorza, Jason A. (2004), “Liberal Citizenship and Civic Friendship”: *Political Theory*, vol. 32, nº 1 (Feb., 2004).
- Shakespeare, William (1999), *Macbeth*, Ediciones Folio, Barcelona.

- Solana Dueso, José (2009), “*Philia: entre Eros y Diké*”, en José María Zamora Calvo (ed.), *La amistad en la filosofía antigua*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Strauss, Leo (2006), *La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Strauss, Leo (2007), *Liberalismo antiguo y moderno*, Katz Editores, Buenos Aires y Madrid.
- Strauss, Leo (2008), *Estudios de filosofía platónica*, Amorrortu, Buenos Aires y Madrid.
- Vico, Giambattista (2002), *Obras. Oraciones inaugurales y La antiquísima sabiduría de los italianos*, Anthropos, Barcelona.
- Wolin, Sheldon S. (2004), *Politics and Vision. Expanded Edition*, Princeton University Press, Princeton.
- Yack, Bernard (2006), “Rhetoric and Public Reasoning: An Aristotelian Understanding of Political Deliberation”: *Political Theory*, vol. 34, nº 4.